

ALFAGUARA



Javier Marías

Demasiada nieve alrededor



ALFAGUARA

Javier Marías

Demasiada nieve alrededor

www.megustaleerebooks.com

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Nota previa](#)

[Hacia el berrinche eterno](#)

[Sexo de colegio](#)

[El País de las Capulleces](#)

[Dejen de volvernos locos](#)

[Productos podridos](#)

[Ladrones de cenizas](#)

[Los países irreconocibles](#)

[Por arte de magia y de desvergüenza](#)

[Inermes](#)

[La plaga más extendida](#)

[Exijo el último momento histórico](#)

[Primero los miramientos](#)

[El peligro de engreimiento](#)

[Entérate](#)

[La temporada sádica](#)

[Añoranza del excéntrico](#)

[Pararlos o no pararlos](#)

[En la feria del chincha rabia](#)

[El objeto no permitido](#)

[Sufrir no da razón](#)

[La exasperación en seco](#)

[El escote escamoteado](#)

[Nombrar o negar](#)

[«Pero no soy yo»](#)

[La contrariedad y las prisas](#)

[La vergüenza de regresar](#)

[La lenta desaparición del mundo](#)

[Sablitas eclesiásticos y sablazos gubernamentales](#)

[Naturales muerte y vida](#)

[El desprestigio del desprestigio](#)

[Profesores desesperados](#)

[Y alumnos envalentonados](#)

[El Mau Mau pacífico](#)

[¿Mande?](#)

[Epidemia](#)

[Vida y muerte literarias](#)

[Las tiranías pequeñas](#)

[Los pantalones tiroleses](#)

[Serán sólo un par de años](#)

[La idiotez más idiota](#)

[Veredicto o vaticinio](#)

[No falla](#)

[Esta pueril tarea](#)

[La intromisión que no para](#)

[Instrucciones a los sirvientes](#)

[Individualistas unánimes](#)

[Huyamos nosotros](#)

[Un sueño prestado](#)

[Y el recuerdo largo](#)

[Ni siquiera se dan cuenta](#)

[Entérenlos](#)

[Tótem y tarea](#)

[Vóciferación](#)

[El peligroso placer de indignarse](#)

[Demasiada nieve alrededor](#)

[El Detector de Ficciones](#)

[Continuará el Capitán Trueno](#)

[El ruido en la imaginación produce monstruos](#)

[Los defensores contraproducentes](#)

[«Botellón» de encapuchados](#)

[Sermón del fantasma](#)

[Por qué no vuelven](#)

[Árboles y grosería](#)

[Una del corazón](#)

[Adiós a la educación](#)

[Decir feamente nada](#)

[El prolongado limbo del Limbo](#)

[Malas impresiones](#)

[El misterioso alivio del fútbol](#)
[Español cabal o rufián](#)
[Gañanes de espíritu](#)
[Como un caballero bueno](#)
[Un cuento para releer](#)
[Los villanos de la nación](#)
[Un país grotesco](#)
[Un hombre conforme](#)
[En busca de Conan Doyle](#)
[Decidir volverse loco](#)
[De hacer honor a hacer desdén](#)
[El viejo truco del grito en el cielo](#)
[Adicción e incontinencia](#)
[Saquear y vejar a los muertos](#)
[Los antiguos amigos](#)
[Esclavizados por las zarandajas](#)
[Lo infinitamente más dañino](#)
[Abajo la compasión y viva la ofensa](#)
[Siempre muy pocos](#)
[Arbitrariedades de escritor maniático](#)
[Narices con poco olfato](#)
[El perseguido espíritu de Conrad](#)
[Y el espíritu inverosímil de Benet](#)
[Vivir sin enterarse](#)
[El derecho a la impunidad](#)
[Un país demasiado anómalo](#)
[El comino de nuestra lengua](#)
[Los que aún están](#)
[Notas](#)
[Notas de la conversión](#)
[Sobre el autor](#)
[Créditos](#)

Nota previa

Este volumen reúne los artículos publicados en la revista *El País Semanal* entre el 13 de febrero de 2005 y el 4 de febrero de 2007. Se corresponden con noventa y seis domingos, es decir, dos años de tarea, con la excepción de los cuatro domingos de agosto de 2005 y de 2006, meses en los que libré o tomé y di un respiro.

Mis colaboraciones semanales en esta publicación se habían iniciado dos años antes, el 16 de febrero de 2003, y las correspondientes a ese periodo fueron recogidas en el volumen *El oficio de oír llover* (2005), editado por Alfaguara, al igual que otras recopilaciones aún más antiguas: *Harán de mí un criminal* (2003), *A veces un caballero* (2001), *Seré amado cuando falte* (1999) y *Mano de sombra* (1997). En estas últimas pueden encontrarse los artículos que vieron la luz en otra revista, *El Semanal*, a lo largo de ocho años, entre finales de 1994 y finales de 2002.

Quiere esto decir que, con breves pausas, llevo un total de doce años escribiendo una columna dominical de extensión no precisamente mínima (de hecho Julia Luzán, mi principal contacto en *El País Semanal* y la encargada de preparar mis textos —todavía no escribo con ordenador, sino a máquina—, me regaña a menudo por hacerlas siempre algo más largas de lo deseable, y obligar a empequeñecer el tamaño de la letra impresa).

Hace poco, una estudiante de periodismo me envió un cuestionario con un montón de preguntas sobre mi actividad articulística. Una de ellas era «¿Cómo escoge los temas?», a lo cual sólo se me ocurrió responder lo siguiente: «Buena pregunta. ¿Cómo, en efecto? Me asombra que aún me surjan a veces asuntos nuevos». Debo añadir aquí que todavía me asombra más la existencia de lectores —quizá no son demasiados— que no estén hartísimos de los viejos. Porque lo cierto es que, al releer estas noventa y seis piezas

en la corrección de pruebas, observo que hay cuestiones sobre las que insisto, con las inevitables repeticiones por las que me disculpo ahora. Éstas, sin embargo, no son tan sólo culpa mía, me doy cuenta. En España cada vez sirve de menos desmentir una información o desbaratar una creencia o echar por tierra una teoría; o explicar algo pacientemente, o rebatir opiniones, o demostrar lo ridículo o absurdo de una postura o de una costumbre o de una política, o argumentar en general. O razonar, en suma. No sé otros articulistas, pero yo tengo a menudo la sensación de que demasiada gente ha optado, como táctica, por «no darse por enterada» de lo que se le opone u objeta, o aun de lo que se le demuestra. De tal manera que con frecuencia uno se encuentra con que lo que ya ha dicho debe volver a decirlo, porque la primera vez es como si no contara (y a veces también la segunda y la tercera). Y así, si los que escribimos en prensa nos repetimos, es en buena medida porque la realidad española se repite infatigablemente, con una tendencia enfermiza a no escuchar ni enmendarse casi nunca, todavía menos a reconocer un error o una falacia y a disculparse por ellos. En esta actitud de *fingir no haberse enterado*, son nuestros políticos quienes se llevan la palma, pero no son los únicos en adoptarla. Se trata más bien de algo generalizado, instalado en la sociedad, lo que antiguamente se llamaba «un vicio». El mensaje que yo suelo recibir viene a ser este: «No me importa lo que usted ha dicho. Ni siquiera que yo no tenga argumentos que contraponer a eso que ha dicho. Ni siquiera que me haya convencido con sus argumentos. Ni siquiera que yo vea que lleva razón. Yo voy a seguir en lo mío, como si usted no hubiera hablado. No se esfuerce, porque yo tengo un escudo infalible, lo que en nuestra lengua se llama oídos sordos».

Supongo que por eso, en parte, he escogido como título de esta colección el de un artículo en el que su sentido es muy distinto del que le doy ahora: actualmente, en España, país caluroso donde los haya, es inevitable tener la sensación de que hay *Demasiada nieve alrededor*. De que no hay disposición a escuchar ni por tanto mucha posibilidad

de diálogo. De que cada vez son menos los que aceptan dejarse convencer de algo, aunque se produzca el convencimiento. «Sí, usted me ha convencido, pero yo voy a continuar como si no lo hubiera hecho.» (Dicho sea entre paréntesis: como trato de no participar de los «oídos sordos», las notas de esta edición, a pie de página, son añadidos posteriores a la publicación de los artículos en *El País Semanal*, en su día. Alguna rectificación hay, y también quizá alguna disculpa, o al menos debería haberla.)

Uno se pregunta, entonces, por qué se esfuerza (además, claro está, de por la paga). Normalmente no encuentra respuesta. Quizá lo lleve a ello una intuición muy probablemente ingenua: la de que, si decide callarse, los fingidores ya ni siquiera tendrían que fingir no haberse enterado, sino que no se enterarían, simplemente, y podrían extender aún más su nieve.

Pero es muy fuerte la tentación de callarse, en este país de cerrazón y griterío, y antes o después sucumbiré a ella, casi seguro. A los lectores individuales que sí se dan por enterados, no sé si debo agradecerles o reprocharles que me lo hayan impedido hasta ahora.

JAVIER MARÍAS
Febrero de 2007

Hacia el berrinche eterno

Tomemos por una vez medio en serio a la actual Iglesia Católica, como si fuera una institución razonable y adulta y no pueril y caprichosa, con el berrinche y la rabieta como formas de expresión más habituales. Quejas, exigencias y quejas son casi lo único que oímos salir de sus diferentes bocas, de un largo tiempo a esta parte. Las últimas, cuando escribo esto, han surgido de la del mismísimo Papa, en su amonestación *ad limina* (nadie ha explicado lo que significa eso y no pienso ir al diccionario, pero todos los diarios se han hartado de repetirlo, así que ahí va, para no ser menos) a las altas jerarquías eclesiásticas españolas, de peregrinaje en el Vaticano. Y el Cardenal Rouco aprovechó para hacer sus apostillas: en Madrid «se peca masivamente», dijo. Y yo, que vivo aquí, imbécil de mí, sin haberme ni enterado.

La Iglesia parece haber olvidado que ninguna religión ha subsistido cuando ha dejado de hacer falta, o, mejor dicho, cuando los hombres han dejado de creer en sus preceptos primero, en su doctrina luego, y finalmente en sus deidades. Y una de las principales cosas de las que las sociedades occidentales han descreído es de la noción de «pecado», lo cual no supone por fuerza, sin embargo, que se hayan convertido en desalmadas. En ellas continúa habiendo acciones que se tienen por perniciosas, indebidas, condenables o simplemente «malas». Es más, en una época tan dada a legislar y a reglamentarlo todo —no debería ser así, no por parte del Estado—, cada día que pasa descubrimos más actividades prohibidas y mayor número de delitos improvisados. Dentro de poco lo será fumar, como saben, y no quiero ni imaginar el fortalecimiento de las mafias que significará eso, cuando se les añada el beneficio del tráfico de cigarrillos y habanos. No escasean, pues, las cosas que los contemporáneos encuentran muy censurables, y estos tiempos, para mi gusto, en realidad están entre los más pu-

ritanos y represores de los últimos sesenta años. Nunca en ese periodo se había querido controlar tanto el lenguaje y por lo tanto el pensamiento, que le va unido indisolublemente. Nunca se había cercenado la espontaneidad como ahora, ni había habido tantas demandas y pleitos —tanto recurso a la justicia— para dirimir asuntos que tradicionalmente no requerían de ella. La gente se ha desacostumbrado a zanjar sus diferencias por su cuenta, y no me refiero a la puñalada y la venganza, sino al diálogo, la concesión y el razonamiento. El actual intervencionismo de los Estados es monstruoso, con legislaciones hasta para arrancarle una hoja a un árbol en mitad del campo.

Pero la Iglesia no está contenta con tanto orden, y patalea porque quiere que sean sus leyes las que sigan rigiendo la vida de las personas, incluidas las no creyentes. El problema que no alcanza a ver, borrosa su visión por el despecho, es que, si la gente no cree, no cree, y nada puede hacerse al respecto. La gente de hoy sí cree que está «mal» matar, aunque lo vea a su alrededor a menudo y según quién lo haga no se inmute en exceso; desapruueba que se robe, pese a que a veces le haga gracia, extraña gracia; y sin duda le parece fatal levantar falsos testimonios, aunque la mayoría de nuestros políticos y periodistas se dedique entusiásticamente a ello, a diario. Pero la gente de hoy no ve mal alguno en el sexo, cuando se da a solas o de mutuo acuerdo; ni considera que el adulterio incumba más que al marido, a la mujer y quizá al tercero, ni condena los divorcios rápidos; tampoco ve nada punible en no «santificar» las fiestas, y no logra que le parezcan «pecado», ni siquiera metafóricamente, la gula ni la pereza. En cuanto a amar a Dios por encima de todo, me temo que a eso hace mucho que casi nadie está dispuesto, ni los fieles, porque a nuestro alrededor hay demasiadas personas tangibles a las que profesar más grande afecto. Y me juego un dedo a que no hay nadie —ni Rouco, estoy convencido— que juzgue muy grave saltarse ese primer mandamiento.

Sin duda a muchos les parece mal el aborto (yo, que no soy creyente, sé que nunca habría consentido en uno que

de mí hubiera dependido), pero casi ninguno cree obrar «mal» por utilizar un condón, entre otros motivos porque percibimos gran diferencia entre interrumpir algo iniciado y evitar que eso se inicie. Y pocos objetan no ya a la homosexualidad, sino a que quienes la profesan se unan de manera legal si lo desean, con o sin «matrimonio», la palabra es lo de menos, un antojo etimológicamente desafortunado. Para que unos preceptos y una doctrina sigan vigentes y vivos, hace falta que se acepten, que se compartan, que acerca de ellos exista un común acuerdo no impuesto. Pretender que hoy las personas vean mal el uso de un preservativo, o el sexo, equivaldría a pedirles que condenen la idea de que la tierra es redonda. Y eso es lo que la actual Iglesia, tan tozuda y caprichosa como un niño malcriado que gozó durante demasiado tiempo del común acuerdo —y además lo impuso a menudo, cuando le fue posible—, no comprende. Y así se lleva después tanto berrinche, que hasta la eternidad puede durarle.

13-II-05

Sexo de colegio

Una vez al mes tengo la costumbre de ver la televisión durante un par de horas, repartidas entre los horarios matinal, vespertino y nocturno, con el fin de asomarme a ver cómo va el mundo, o ese mundo, quizá hoy más indicativo del resto que ningún otro. No es que no la vea además en otras ocasiones, incluso algún programa que otro entero (sin contar esas maravillas tituladas «Los Soprano» y —ridícula e infielmente, cuando se exhibió— «Hermanos de sangre», que hay que mirar con atención plena, como cuando se iba al cine en pasados tiempos): a diferencia de muchos escritores, no tengo nada en contra, sino mucho a favor de ella. Pero esas dos horas mensuales equivalen a hacer los deberes. Mi método es el siguiente: efectúo un recorrido por las principales seis cadenas, y pongan lo que pongan en ellas, me quedo unos diez minutos en cada una, obligándome a ver lo que el azar me depare en ese rato. De modo que no tengo una idea cabal de casi nada, pero sí una aproximada y lateral del conjunto.

La mayoría de los programas parecen malos o muy malos e increíblemente repetitivos, como lo son esas series españolas de descomunal éxito que no se diferencian en nada —pero es que en nada, salvo en la moda que los personajes visten— de las antiguas películas chabacanas de Pedro Lazaga y sentimentalonas de Pedro Masó, de las palurdas de Paco Martínez Soria y de las «salidas» del peor Alfredo Landa, un buen actor que perdió en ellas media carrera, como López Vázquez, Pajares y tantos otros, y hoy Antonio Resines. Pero lo que más me llama la atención, desde hace ya bastantes meses si no años, es lo mucho que en la televisión nacional se habla de sexo, y de la manera más zafia, con frecuentes incursiones escatológicas si el programa viene de Cataluña o Levante (lo siento, pero por algo será que en los belenes de ambas zonas haya una figura imprescindi-

ble llamada *el caganer*, nada menos[1]). De sexo y prácticas sexuales se habla, abierta o alusivamente, a cualquier hora del día y en todo tipo de emisiones, desde las susodichas españoladas de enorme éxito hasta las elefantiásicas sesiones de Rosa Teresa Campo de Quintana, Senovilla de Siñeriz y demás supuestas «grandes damas» del medio, como las suele llamar la prensa más rancia. No hace falta decir cuán obsesiva se hace la charla en los espacios tardíos.

No es que me escandalice eso, y es más, casi nada de lo que hace las delicias de las presentadoras —y es de suponer que de los espectadores— me acaba de pillar muy de sorpresa. Pero no acabo de entender el fenómeno, porque hablar de sexo es una de las cosas más tediosas y menos variadas que puedan imaginarse... excepto si uno está por estrenarse. Y en mi último repaso caí en la cuenta. ¿De qué me suena a mí esto?, anduve pensando un rato. Porque lo cierto es que me sonaba algo. ¿A qué me suenan a mí esta clase de conversaciones? Me quedaba mis diez minutos en una cadena y en ella había una señora francesa con permanente cara de asco y cuello como de gargantilla negra perpetua (no la llevaba), soltando chorradas y banalidades de patio de colegio con aire de suficiencia. En otra salía un «sexólogo» engolado y feísimo con pose de estar de vuelta de todo y pinta de haber carecido de billete de ida, siempre, hacia sexo alguno. O una de esas «grandes damas» del rijo ponía cara de picardía y disertaba un rato, con medias pero transparentes palabras, sobre el tamaño de unos cuantos miembros viriles televisivos. O una jauría de periodistas de exploración preguntaba detalles de confesor a alguna moza que presumía de haberse pasado por la piedra a la mitad de la población taurina, qué sé yo, o futbolística. O una «sexóloga» pizpireta respondía con artificial *sans-*façon** a las soeces preguntas de cabestros, normalmente. ¿A qué me suena a mí esto?, pensaba. En realidad ya lo he dicho: al patio del colegio, exactamente.

Es la única época de mi vida y de la de mis conocidos en la que, en vez de practicar el sexo, que es lo que tiene gracia, se hablaba de él monotemáticamente. Esto es, cuando

los chicos aún no lo conocíamos, más o menos entre los doce y los quince años. Corrían variadas leyendas, y me vienen a la memoria frases sueltas de entonces: «Con una mujer da siete veces más gusto que una paja», aseguraba con extravagante precisión el que presumía de haber ya probado, en el veraneo promiscuo o con una puta. «Si le lames la oreja a la tía, no es capaz de resistirse», aventuraba otro. «Lo mejor, por lo visto, es que en el culmen te pasen por la espina dorsal una uña», apuntaba un tercero. «Y aún mejor en el agua.» Ese era el vocabulario. Que ahora se mencionen en las pantallas vibradores, sodomizaciones, bolas chinas y fustazos no cambia lo esencial del asunto: sólo hablan interminablemente de sexo quienes lo conocen poco o nada. No sé si es un síntoma más de la puerilización general o si, en contra de lo que se cree, gran parte de la población española todavía es virgen o casi. De ser lo segundo, la Iglesia Católica y su asustadizo Rouco, de los que hablé hace una semana, deberían dormir más tranquilos y ahorrarse su berrinche diario.

20-II-05

El País de las Capulleces

En más de una ocasión, para ilustrar los desvaríos de la justicia actual y la alergia a la responsabilidad de nuestras sociedades, he puesto como ejemplo uno sobre el que leí en la revista *Time*, hará diez o más años: un ladrón se coló en un garaje y allí robó un coche, a bordo del cual salió a tanta pastilla que en seguida se estrelló contra un árbol y hubo de pasarse meses en el hospital, recuperándose de las fracturas. Entonces se querelló contra el garaje, con este argumento: de haber estado mejor vigilado, él no habría podido robar el automóvil y no se la habría pegado. No constaba el resultado de la querrela, pero sí que se había admitido a trámite, lo cual ya me parecía lo bastante loco y horripilante.

Ahora he de suponer que aquel ladrón americano ganó su pleito, a tenor de la lista de los Premios Stella que me envía mi amigo inglés Eric Southworth, junto con una nota, «Nuevas del País de las Libertades». Y también he de suponer que los casos mencionados son reales y no chistes paródicos, pese a su aspecto. Si lo de *Time* hace un decenio era cierto, lo que sigue no tendría por qué no serlo. Y si no lo es, es verosímil, lo cual ya nos indica en qué mundo vivimos.

Una señora de Texas se vio compensada con 780.000 dólares por una tienda de muebles en cuyo interior un niño pequeño correteaba; ella tropezó con él y se rompió un tobillo; el fallo del jurado tuvo algo de sorprendente, dado que el mocoso culpable del desaguizado era el propio hijo de la señora. Un joven californiano obtuvo 74.000 dólares, y el pago de los gastos médicos, de un vecino cuyo Honda le atropelló la mano; lo chocante es que la mano estaba donde estaba porque el joven se disponía a robar los tapacubos sin percatarse de que el dueño estaba al volante. Un ladrón de Pennsylvania desvalijó una casa y decidió escabu-